

La izquierda independiente argentina frente al desafío electoral

Por: **Miguel Mazzeo***

"Solo cuando el hombre real, individual, reabsorba en sí mismo al abstracto ciudadano y, como hombre individual, 'exista al nivel de la especie' en su vida empírica, en su trabajo individual, en sus relaciones individuales; sólo cuando, habiendo reconocido y organizado sus 'fuerzas propias' como 'fuerzas sociales', ya no se separe de sí la fuerza social en forma de fuerza 'política', sólo entonces, se habrá cumplido la verdadera emancipación humana..."

Karl Marx

Introducción

Sectores de la denominada izquierda independiente de Argentina, surgida al calor de las luchas populares de los años de la mudanza del siglo y el milenio, porciones del espacio político-identitario que es hijo dilecto de la rebelión popular de 2001, han asumido recientemente la necesidad de incursionar en el terreno electoral. Enhorabuena. La lucha por cambiar el mundo es integral. No se puede renunciar a priori a ningún espacio de confrontación y de proyección política, mucho menos invocando ataduras dogmáticas y apelando a principismos huecos e infundados (como, por ejemplo, la postura que ve en la acción política una desviación del camino de la emancipación, un camino en el que sólo considera a la lucha económica y social). Un proyecto de transformación radical de la sociedad debe asumir el momento del poder estatal en todas sus dimensiones.

Esta izquierda, que ha sabido desarrollar infinidad de prácticas territoriales, sociales, culturales, pedagógicas, comunicacionales, etc., estima (algunos de los grupos y organizaciones que la componen) que ya es tiempo de realizar una experiencia electoral. Considera que la participación electoral puede contribuir a proyectar su praxis, sus ideas, sus proyectos. Abriga la certeza de que esta participación podrá ampliar el campo de sus interlocutores.

Aunque resulte una trivialidad, no se puede dejar de recordar que se trata de incursionar en un espacio ajeno, hostil y vacío de contenidos emancipatorios, en un escenario preparado para la lucha intrasistémica, para la sustitución del pueblo, para la separación entre dirigentes y dirigidos.

Entonces, el desafío es aportar, desde ese campo vertical e impropio, al despliegue de las praxis antisistémicas, lo que exige poner en tensión ese

* Escritor. Docente de la Universidad de Buenos Aires (UBA) y de la Universidad Nacional de Lanús (UNLa). Participa en espacios de formación política de distintas organizaciones populares y movimientos sociales de Argentina y Nuestra América.

mismo campo, eludir sus trampas, conmocionarlo, desestructurarlo, transformarlo cualitativamente, quebrar su unilateralidad, darle otros sentidos.

En última instancia se trata de hacer posible un maridaje fructífero entre el utopismo y el realismo revolucionarios, entre la tesis –marxista, libertaria– de la extinción del Estado y el reconocimiento de la complejidad y autonomía (relativa) de la esfera política.

Por donde se lo mire el experimento es riesgoso. Existe el peligro de caer en el formalismo burgués que limita la dialéctica social a los conflictos de opiniones de la esfera pública, en el convencionalismo que impone máscaras, personalidades apócrifas y situaciones ambiguas. (También hay que tener presente los riesgos de disolver la esfera política en la actividad social, una actitud que no resulta ajena al marxismo y otras corrientes libertarias de tendencia economicista y antipolítica).

El experimento puede desdibujar los perfiles libertarios de la izquierda independiente, afectar el desarrollo de su identidad crítico-revolucionaria, promover el sustitucionismo y una agenda ajena a los intereses de las clases subalternas y oprimidas. Puede hacer que la izquierda independiente quede por debajo de su actual punto de partida, de sus elementos identitarios más distintivos y potentes, por ejemplo:

- Su concepción de la política como gestación y parto y no como gestión de lo dado.
- Su concepción de la política como apuesta que se inscribe en términos de deseo y confianza en los y las de abajo, y que, por consiguiente, reemplaza la idea de “progreso” (típica de la izquierda dogmática), del etapismo y el evolucionismo, por el optimismo revolucionario.
- La idea de experimentación, una idea absolutamente consustancial a la de apuesta, que le ha servido y le sirve, al decir de Pierre Rosanvallón, para “superar de forma concreta la alternativa reforma o revolución” y “para pensar la transformación social como un proceso en el que se articulan las contradicciones propias del sistema y los acontecimientos productores de cambio”. La experimentación, según Rosanvallón “permite una dialéctica fructífera entre la acción colectiva consciente y el desarrollo de las contradicciones de la sociedad. Resuelve el dilema de la integración reformista para hoy o la ruptura revolucionaria para mañana”¹. Partiendo de la estrategia de la experimentación, la izquierda independiente dio los primeros pasos, no sólo para superar las limitaciones de la izquierda dogmática, sino para exceder los confines de la micro-política y del socialismo en un sólo barrio.
- La idea de praxis prefigurativa, es decir, la opción estratégica por las construcciones, las luchas, las relaciones sociales y el pensamiento que anticipan en el presente la sociedad futura. Praxis prefigurativa, apuesta y experimentación constituyen tres ideas-fuerza de la izquierda independiente. Ideas-fuerza en las que se fundan sus esbozos sobre el

¹ Rosanvallón, Pierre, *La autogestión*, Madrid, Fundamentos, 1979, p. 102.

cambio social, el poder popular (como dinámica que cuestiona la legitimidad del poder constituido) y la transición a un sistema poscapitalista. La izquierda independiente se descubrió a sí misma –mezclada con la tierra de barrios periféricos– al aceptar estas ideas-fuerza. Ellas le impusieron una perspectiva singular que la diferencia de la izquierda dogmática y del progresismo reformista. Aceptación que no estuvo exenta de renunciamentos. En efecto, hubo que dejar de lado prejuicios, abandonar algunas ideas particulares.

- Sus históricas inclinaciones a favor de la politización de los modos de vida, y de las diferencias culturales y sociales, a favor de la construcción de ámbitos de “eticidad inmediata”, sin las mediaciones típicas de la modernidad, el liberalismo, etc.
- Sus tendencias a disputar el mando del Estado a partir de la creación de espacios autogobernados y de acciones constituyentes protagonizadas por las clases subalternas y oprimidas. Estas tendencias, muchas veces espontáneas, fueron y son la expresión de un sentir genuinamente popular decodificado por aquellas franjas del activismo de base más predispuestas a una apertura a la comunidad. Creemos que estas tendencias responden al orden del “movimiento real”, por lo tanto no fueron, no son, una imposición de activistas hiperideologizados o de elites con ansias administrativas. No deben confundirse con síntesis intelectuales y extrínsecas².

El experimento puede hacer que la izquierda independiente quede reducida a una alternativa más en el abanico de las nuevas gobernabilidades. Eventualidad que, seguramente, terminará consolidando reformismos y progresismos prosistémicos o favoreciendo un retorno al dogmatismo de la vieja izquierda. Una izquierda, está última, tan rígidamente estructurada, tan “organizativa”, tan ejecutiva, que no crea ni piensa nada nuevo, porque vive –sin atisbo de incertidumbre– en la convicción de que ya está todo descubierto, pensado y tipificado en materia emancipatoria. Esta convicción la inhibe para una sincera apertura a las clases subalternas y oprimidas.

Ya existen diversas izquierdas institucionales, electoralistas, más o menos testimoniales, todas ellas domesticadas de una u otra manera. Izquierdas –incluyendo las que habitan el ancho y variable mundo del “progresismo”– para las cuales lo electoral se convierte en el eje de su actividad a partir de una fuga de las tareas prácticas y teóricas que este tiempo les exige. Esta “fuga de la praxis”, este distanciamiento de la función crítico-revolucionaria, se explica por su incapacidad política, social, cultural y afectiva para encarar esas tareas, por la seducción que ejercen los formatos espectaculares y mediáticos, por las limitaciones teóricas que le impiden superar los estadios más básicos de la conciencia burguesa, por la comodidad militante que ofrecen tanto el dogmatismo como los terrenos apologéticos de lo “existente”, lo “usual” y lo “políticamente correcto”. Lo electoral, cuando es el corolario de la fuga de la praxis se parece demasiado al intento de convertir la impotencia en virtud.

² Creemos que no se puede afirmar lo mismo de algunas tendencias “politicistas” que se han puesto de manifiesto en el espacio de la izquierda independiente.

Pero el experimento, bien llevado, sin falsas expectativas, con conciencia histórica y con la energía revolucionaria que pugna por actuar en todos los frentes, también puede contribuir a la masificación de la izquierda independiente, a consolidar su constitución como nueva-nueva izquierda, como espacio crítico y transformador, fundamentalmente puede contribuir a alejarla de la tentación del ghetto y a consolidarla como alternativa real de poder, puede ayudar a aumentar su visibilidad.

Salvando el caso de las agrupaciones universitarias, sometidas a una gimnasia electoral año tras año y sin ahorro de formalismos y de folklore, la izquierda independiente no ha desarrollado experiencias en este campo. Pero es evidente que un municipio, una provincia, o el mismísimo plano nacional, distan de ser un centro de estudiantes o una federación universitaria. No hace falta recordar que el poder decisorio que circula por estos espacios es escaso, marginal y terriblemente acotado. Por otro lado, en líneas generales, la política universitaria, reproduce en buena medida las lógicas más características de la democracia representativa/delegativa. Posiblemente no sea la política universitaria la mejor escuela para realizar aprendizajes sustantivos en función de lo radicalmente nuevo y lo disruptivo en materia institucional. Este señalamiento va más allá de los aportes que la izquierda independiente realizó a distintos espacios de la sociedad civil popular desde los espacios institucionales (estudiantiles, universitarios) que condujo y conduce.

¿Como plantear una disputa electoral sin ser fagocitados por las lógicas del sistema, sin identificarse con las estructuras del poder, conservando los perfiles plebeyos y utópicos, conservando la cualidad que ha diferenciado a la militancia de la izquierda independiente?

¿Cómo plantear una disputa electoral que siga pensando y practicando la política como “gran política” –como política emancipatoria, como praxis crítica-social revolucionaria– y no como “pequeña política” –como gestión del ciclo o como administración relativamente progresista de lo establecido–?

¿Cómo garantizar formatos de “representación institucional” cuya función sea aportar recursos para la auto-organización, la auto-educación y el auto-gobierno de los y las de abajo, insertando la conciencia en la vida cotidiana y (viceversa) y no sustituyendo a las organizaciones populares?

¿Cómo garantizar lenguajes y estéticas que se diferencien de los lenguajes tibios y monocordes, de las estéticas populistas, reformistas, liberales y tecnocráticas y eficientistas, en fin, de todas las retóricas frívolas y las figuras del poder dominante?

¿Cómo ser festivos, místicos, iconoclastas y creativos en este campo? ¿Cómo eludir la espectacularidad, la burocratización, el pragmatismo desprovisto de ética y las seguridades permitidas por lo obvio?

¿Cómo combatir –desde un ámbito por naturaleza encubridor– todas las mistificaciones que muestran a la política como una actividad de elites, de expertos, etc., mistificaciones que no tienen otro fin que el de hacer invisible el mando burgués?

¿Cómo nutrir la pasión militante sin caer en alienaciones de secta o en el culto a los fetiches del liberalismo?

Sobre todo: ¿Cómo no malograr en una campaña electoral o desde una función pública-legislativa unas experiencias caracterizadas por su capacidad de invención social, política y cultural y por señalar nuevos trayectos anticapitalistas?

Posiblemente las preguntas más abarcativas deberían ser las siguientes: ¿cómo resignificar la idea de representación? ¿Cómo redefinir la democracia y cómo reapropiarnos de una "gran política" desde abajo? ¿Qué papel puede jugar la democracia formal y delegativa en el marco de esta tarea?

Como contribución a un debate que recién da sus primeros pasos, van estas tesis, muy urgentes, muy generales y poco masticadas. Recurrimos a un discurso normativo (del orden del "deber ser") y al género de las tesis (que presentamos un tanto simplificadas). También exageramos un poco, con el sólo fin de alentar el debate.

I

La concepción de la transición hacia un sistema poscapitalista, usualmente definido como socialista, que en forma espontánea, despereja e intermitente, ha venido elaborando la izquierda independiente, parte de considerar la posibilidad de que el proceso revolucionario surja de las entrañas mismas de la sociedad capitalista.

Según Karl Marx y Friedrich Engels, la transición al socialismo es el proceso que va entre la conquista del poder y la pérdida del carácter político de ese poder. En general, el marxismo ha tendido a pensar la transición centrándose en el pasaje de un sistema social a otro, a partir del estallido de la contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción. La necesidad histórica del pasaje de un sistema a otro se concibe como "objetiva". Pero... ¿el tránsito del capitalismo al socialismo, responde exclusivamente a una racionalidad objetiva? ¿No depende acaso del deseo, la voluntad y los intereses de los seres humanos? La izquierda independiente supo destacar la importancia de la praxis, de los proyectos, de los sueños y convocó a pensar la transición como un proceso histórico intencional consciente.

La izquierda independiente ha planteado la posibilidad de poner en marcha embriones de sociedad alternativa en un contexto de subsistencia del sistema capitalista. Esto es, no cree posible pensar-realizar ese cambio desde lugares externos e ideales. De ahí la importancia que le asigna a las luchas prefigurativas. Así, las transformaciones que van de los aspectos materiales a los super-estructurales deben anteceder a la revolución política, son su condición. La transición al socialismo comienza hoy.

Para la izquierda independiente, estas certezas no niegan en absoluto la posibilidad de que un "gobierno popular" favorezca el proceso de transformaciones. Todo lo contrario. Pero está claro que ese gobierno no puede ser el agente exclusivo del proceso revolucionario, sino un actor más, incluso un actor secundario.

La transición al socialismo aparece entonces para la izquierda independiente como un largo proceso que no puede comenzar con la "toma" o "conquista" del poder del Estado en la sociedad capitalista. La "toma" o "conquista" del poder del Estado debe ser concebida como un episodio relativamente tardío en este largo itinerario. Un episodio que requiere como precondition indispensable el desarrollo de valores, praxis, relaciones e instituciones característicos de la nueva sociedad en los marcos de la vieja. Esto es, es necesario desarrollar focos autogestionarios, núcleos de democracia de base, en fin, espacios prefigurativos, para estar en condiciones de asumir la dirección del Estado con fines revolucionarios. Al mismo tiempo la "toma" o "conquista" del poder no cierra la transición, en todo caso cambia las condiciones del desarrollo de las luchas por el socialismo.

La transición al socialismo exige asumir la realidad como punto de partida. Esto es, cambiarla desde su interior dialéctico y contradictorio y no desde un lugar exterior ideal, identificando en las contradicciones aquellos polos que pueden oficiar como materia de arraigo de un proyecto socialista, o como base de apoyo en la lucha contra toda forma de opresión.

Pero el problema de la transición al socialismo no se agota en el desarrollo de instancias prefigurativas y contra-hegemónicas. Estas instancias no tienen ninguna posibilidad de desarrollarse y expandirse, y, principalmente, anulan sus potencialidades contra-hegemónicas, sino asumen subjetividades orientadas a las transformaciones globales, sino inscriben su praxis en el marco de un proyecto transformador global.

El intelectual italiano Lelio Basso proponía la noción de "participación antagonista"³, que remite a una forma peculiar de participación de las clases subalternas y oprimidas en el Estado burgués. Esto es, participar en el Estado con el fin de que esa participación sirva para modificar las relaciones de fuerza en favor de las clases subalternas, es decir, transfigurar algunas porciones del Estado en instancias antagónicas respecto de la lógica del capital. Para Basso, inspirado en Antonio Gramsci, los antagonismos de la sociedad burguesa se expresan también en el Estado. El Estado, por lo tanto, no es un bloque compacto y es posible una participación que no sea asimilable, ni neutralizable por el poder burgués.

Creemos que una pregunta fundamental para la izquierda independiente es la que sigue: ¿qué puede hacerse desde el Estado en función de un horizonte emancipador?

II

En el marco del horizonte contra-hegemónico⁴ de un proyecto de transformación radical de la sociedad, una referencia político-electoral sólo sirve, sólo aporta, si contribuye a consolidar y desarrollar las organizaciones y

³ Basso, Lelio: "La partecipazione antagonistica", en: *Neocapitalismo y sinistra europea*, Bari, Laterza editore, 1969.

⁴ Contrahegemónico quiere decir: antiimperialista, anticapitalista y antisistémico (crítico de toda relación jerárquica, opresiva y destructora de la naturaleza: patriarcado, sexismo, etnocentrismo, productivismo, etc.).

movimientos populares de base: sean territoriales, sociales, sindicales, culturales. Una referencia político-electoral tiene sentido (para una fuerza emancipadora) si sirve a lo social, más aún, si se subordina, si contribuye a los procesos de auto-organización, auto-educación y auto-gobierno de las clases subalternas y oprimidas, si homogeniza los grados desiguales de la conciencia plebeya.

Ocurre que las praxis tendientes a cambiar la relación de fuerzas en la sociedad y las praxis tendientes a crear lazo social alternativo al del capital, no son planos dicotómicos, son dos momentos de la misma estrategia de construcción de poder popular. Al crear lazo social alternativo al del capital se modifican las relaciones de fuerza. Pero también hay que asumir acciones políticas tendientes a modificar las relaciones de fuerza para conservar y expandir los espacios en los que se crea y recrea lazo social alternativo al del capital. Ciertamente, las micro-políticas, no toman en cuenta la importancia de los marcos institucionales para modificar la distribución del poder a favor de las clases subalternas y oprimidas.

Pero si la referencia político-electoral termina hipostasiada, o sea, si se convierte en un fin en sí misma, puede convertir al proyecto emancipador en una figura retórica. Marx decía que política no es un nivel autosuficiente, no tiene un fin en sí misma, se trata de un conjunto de mecanismos y acciones orientados a realizar objetivos que siempre son extra-políticos.

Karl Korsch sostenía que "Marx pasaba prácticamente de la revolución jacobina burguesa, que pretende resolver las cuestiones sociales y satisfacer las necesidades de las clase trabajadora *sub specie rei publicae* [itálicas en el original] a la acción autónoma del proletariado moderno, resuelto a buscar las raíces particulares de su opresión y el camino preciso de su liberación en el terreno de la economía política, tratando todas las demás formas de acción social, incluida la política, *sólo como medios subordinados de su acción económica*" [itálicas nuestras]⁵.

El poder popular es básicamente un poder "directamente" social, aunque requiera del poder político.

III

Aunque los fervores electorales de la izquierda independiente se corresponden a la actual coyuntura, la referencia política electoral debe ser pensada en el marco de un horizonte de tiempo largo, en el marco de una tendencia global. En el tiempo largo lo que se percibe es que, desde fines de la década del 90, en Argentina y en Nuestra América, en forma desigual y discontinua, se vienen deteriorando los formatos de representación tradicionales, al tiempo que las clases subalternas y oprimidas reclaman formas de participación directa y un nuevo protagonismo social.

En Argentina, el kirchnerismo revivió los tradicionales fetiches de la democracia liberal (y la ideología que le sirve de sostén), restituyó la confianza en las doctrinas y prácticas del "retorno al Estado" y la confianza en un "Estado

⁵ Korsch, Karl, *Karl Marx*, s/d, Folio, 2004, p. 71.

inclusivo”, retrasando de alguna manera los procesos de deterioro de esas formas representativas y delegativas, pero sin llegar a revertir esos procesos. Algo similar viene ocurriendo en varios países de la región.

Reivindicar hoy los formatos más tradicionales de la representación política y la delegación como ejes centrales de la acumulación política popular es un contrasentido histórico. Es una actitud, en el fondo, conservadora; inhábil para discernir “signos de los tiempos”. Y puede afectar el trabajo de los sectores de la izquierda independiente con inserción social, desalentando al activismo y a las bases.

Sobredimensionar esos formatos implica distanciarse de las praxis que hicieron posible el surgimiento de una nueva subjetividad plebeya (de una enorme potencialidad revolucionaria) hacia fines de la década del 90 y principios del 2000.

La identidad fundacional de la izquierda independiente se conformó a partir de los “núcleos de buen sentido” o de los “momentos de verdad” de las clases subalternas. Núcleos y momentos que se caracterizaron por una tendencia a redefinir radicalmente la democracia, por su rechazo a las formas representativas-delegativas, por su rechazo a la figura del político como un “solucionador” de problemas, etc.

La identidad de la izquierda independiente, su lenguaje, su horizonte político, se conformó con los elementos críticos y emancipatorios de la cultura popular y las identidades subalternas que pugnaban por el protagonismo social y político “directo” de los y las de abajo.

Exagerar las posibilidades de las instituciones burguesas, focalizar las energías militantes en las disputas electorales, implica asumir un terreno de disputa que es intra-sistémico y relegar las praxis orientadas al desarrollo de la auto-organización, la auto-educación y el auto-gobierno de las clases subalternas y oprimidas, la praxis medular de la izquierda independiente. En este sentido, la izquierda independiente deberá precaverse de los procedimientos a-históricos.

IV

La experiencia de la Revolución Bolivariana de Venezuela, con la que la izquierda independiente ha establecido diálogos fructíferos, no debería ser decodificada como un caso de revitalización de las clásicas mediaciones entre la sociedad civil y el Estado y de los formatos políticos liberales representativos/delegativos. La Revolución Bolivariana se inscribe en otra tradición. Su naturaleza es otra. Exhibe continuidades con las culturas y tradiciones políticas populares que, en Nuestra América, propusieron una relación directa líder-masas, y en donde las mediaciones e instituciones típicas de la democracia liberal ocuparon un rol secundario. En el caso de la Revolución bolivariana, cabe destacar un elemento de ruptura respecto de esas culturas y tradiciones políticas populares de Nuestra América, concretamente: un liderazgo (el del comandante Hugo Chávez) que supo alimentar la autoorganización y las formas de participación directa de las organizaciones de la sociedad civil popular. Su vitalidad radicó y radica en esos espacios antiespectaculares (y, por

consiguiente, auténticos) y no en sus instancias específicamente institucionales. Por cierto, estas últimas instancias son las que más distorsiones han generado y generan en el proceso revolucionario bolivariano y dejan mucho que desear como "correas de transmisión". Por lo general se trata de formas de mando que suelen expresarse en prácticas prebendales y en la acentuación del verticalismo.

La izquierda independiente no debe confundir formas de mando con liderazgos, no debe ceder a la tentación del atajo fácil de las primeras ante las dificultades de gestar y multiplicar los segundos.

V

Una referencia político electoral afín al proyecto de la izquierda independiente, al asumir la participación en las instituciones de la democracia liberal-burguesa deberá, al mismo tiempo, favorecer las formas de democracia alternativas, las formas de democracia popular, el protagonismo directo del pueblo, que son las formas propias vinculadas a la construcción de poder popular. Si coloca un pie en el Estado, para ponerlo en tensión (más allá de las transacciones necesarias) para resignificar la representatividad, jamás deberá levantar el pie de las construcciones prefigurativas, para protegerlas y para alentarlas permanentemente. Se trata de no reducir las instituciones a lo instituido. Así, la izquierda independiente podrá cuestionar y trascender dialécticamente a esas instituciones, podrá crear otra institucionalidad afín a la clase que vive de su trabajo. Podrá cabalgar con solvencia la paradoja de crear embriones de nueva institucionalidad desde una estructura de mando estatal.

Por ejemplo: al proponer la revocabilidad de todos los cargos en todo momento, la rendición de cuentas, el sueldo igual a un sueldo mínimo de un empleado de Estado, al promover abiertamente el protagonismo directo de las bases y la articulación con espacios asamblearios (sobre todo esto último), las representaciones político-electorales de izquierda independiente pondrán en tensión todo el andamiaje de la democracia formal y delegativa.

Una referencia político-electoral de la izquierda independiente no puede dejar de reivindicar a las organizaciones populares y a los movimientos sociales, como ámbitos privilegiados para la toma de decisiones (las estratégicas). Claro está: deberá elegir como representantes a elementos confiables. Compañeros y compañeras de las organizaciones populares y los movimientos sociales, militantes referenciados-as en los conflictos, en las luchas, capaces de comunicar masivamente el sentido y los horizontes de esos conflictos y esas luchas. Y no expertos-as en el arte de administrar, publicitar, vender.

VI

Una referencia político-electoral de la izquierda independiente, debe hablar un lenguaje similar al del espacio que pretende expresar. Debe encontrar una estética original, propia. No debería reproducir el tono, la estética y el discurso promedio del mercado electoral: tibio nacionalismo, liberalismo, moderación, keynesianismo; todo sazonado con una dosis de paternalismo (o maternalismo), ya sea ilustrado o violento.

Georg Christoph Lichtenberg, decía que el lenguaje es filosofía condensada. Un proyecto emancipador no puede manipular el lenguaje, no puede apelar a las "tácticas de enmascaramiento". Eso sería traicionar su "filosofía". La izquierda independiente tiene que gestar un lenguaje político que esté a la altura de la poética de sus mejores acciones. Vale recordar que la *poiesis* es básicamente un hacer creativo.

Sin dudas, esta referencia político-electoral debe recurrir a los lenguajes claros y masivos, desprendidos de apelaciones "doctrinarias", pero eso no debe confundirse con la des-ideologización o la des-poetización del discurso. No hay que olvidar que, en el marco de una estrategia contra-hegemónica, se trata de utilizar el espacio político-electoral con el fin de generar (también desde esa trinchera) una nueva visión crítica de la realidad.

Es un grave error, un acto de ingenuidad, o de oportunismo de la peor catadura, sostener que la participación en instancias electorales exige disfrazarse de intra-sistémicos y de trans-clasistas. Considerar que la "masividad" de una propuesta política se logra vaciando los contenidos o atemperándolos, apelando a categorías sociales indeterminadas ("la gente" o el pueblo en sentido abstracto), convocando en torno a objetivos muy limitados o partiendo de cierta experticia administrativa, implica renunciar a cualquier propósito anti-sistémico.

Una referencia político-electoral, comprometida con un proyecto contra-hegemónico, afín a un conjunto de espacios anti-sistémicos, debe interpelar a un sujeto plural, diverso, pero al mismo tiempo de clase: un sujeto plebeyo, subalterno y oprimido. De lo contrario, no hace más que reproducir la ideología y el poder dominante.

VII

No es necesario que, tanto las organizaciones de base y los movimientos populares como los frentes socio-políticos que ocasionalmente los puedan nuclear y/o articular, deban convertirse en fuerza electoral. Es más, creemos que no es conveniente. Estas organizaciones, movimientos y frentes pueden apelar a referencias electorales externas sin metamorfosearse en referencia político-electoral, estas referencias externas pueden ser creadas ad-hoc o se pueden celebrar acuerdos con algunas referencias ya existentes. Lo óptimo sería que el espacio de la izquierda independiente cuente con una referencia político-electoral común. Las condiciones exigibles a estas referencias son obvias: que puedan expresarse en el espacio público con el lenguaje de las organizaciones, los movimientos y los frentes socio-políticos, que compartan un plafón identitario general, que partan de lógicas de construcción similares y/o complementarias, que sean confiables, respetuosas de los acuerdos políticos, etc.

Esta "distancia de las representaciones políticas" puede ser una forma de preservar a las organizaciones, a los movimientos y a los frentes, una modalidad apta para no afectar sus tareas estratégicas y a largo plazo, para no afectar su "vitalidad ontológica". Puede ser necesaria para salvaguardar los

ámbitos en los que, en definitiva, se atesora todo lo que vale para la emancipación.

Al mismo tiempo, la distancia de las representaciones políticas, puede contrarrestar las tendencias super-estructurales de las referencias político-electorales, la tendencia a autonomizarse, a hipostasiarse, a conformar elites especializadas, de técnicos o expertos.

El riesgo para la izquierda independiente es idealizar un instrumento marginal invirtiendo los términos, esto es: hacer de una praxis que por naturaleza debe ser externa, coyuntural, efímera, una praxis principal. Y convertir en externas a las praxis estratégicas, asumiendo la mirada del "político", del "representante", etc.

VIII

La izquierda independiente deberá asumir que los instrumentos electorales, que las incursiones en los ámbitos democráticos formales, representativos y delegativos son, y serán cada vez más, expresiones parciales y deficientes de la voluntad popular.

Sin sobredimensionar sus capacidades de intervención práctica en el proceso histórico, sin adjudicarle funciones constituyentes directas a favor de las clases subalternas y oprimidas, esos instrumentos, aunque algo caducos en perspectiva histórica, podrán aportar a los procesos de auto-organización, auto-educación y autogobierno popular.

Al proponerse incursionar en el terreno electoral, la izquierda independiente deberá asumir la compleja tarea de deslegitimar al poder político en tanto expresión deformada del poder social. Deberá criticar los criterios cuantitativos y abstractos sobre los que se funda el poder político. Deberá desburocratizar y restituir las funciones políticas a la sociedad, en particular a las clases subalternas y oprimidas. Deberá favorecer la apropiación de los medios de gobierno y poder por los y las de abajo. Deberá responder siempre "revolucionariamente" a situaciones cambiantes pero sin dejar de ser idéntica a sí misma, esto es, sin abandonar el sólido terreno de su prospectiva. En fin, deberá vivir con practicidad y con coherencia su utopía.

Lanús Oeste, marzo de 2013